

Y
6583
1882



UNIVERSIDAD
EAFIT®
Abierta al mundo
Sala de Patrimonio Documental

CONFERENCIAS DE INSTITUTORES.



UNIVERSIDAD
EAFIT®
Abierta al mundo
Sala de Patrimonio Documental

CONFERENCIAS DE INSTITUTORES.

DISCURSO

pronunciado por el Director de Instrucción pública de Cundinamarca, al abrirse la sesión de la Asamblea de Institutores del Departamento escolar de Occidente, en el Distrito de Subachoque el 15 de Marzo de 1882.

Señores Directores—Señoritas Directoras.

Empiezo por saludaros con sincero respeto y por daros las gracias en atención á los sacrificios que habeis tenido que vencer para venir á esta *Conferencia* que, sin duda alguna, es una de esas grandes fiestas con que nos regala la civilización.

En mi primer discurso pronunciado en la capital de la República el 27 de Febrero del presente año ante los Directores del Departamento escolar de Bogotá y en ocasión tan solemne como la presente, manifesté á los Institutores que me escuchaban lo mismo que al resto de Maestros ausente, hasta donde comprendia yo la elevación del profesorado primario, lo augusto de su misión reparadora, su posición actual y lo que con justa razon tiene derecho de exigir de él la sociedad; y en la *Conferencia* de este dia, me propongo determinar, en cuanto he podido comprenderlo, las principales condiciones morales que debe tener todo Preceptor de niños para poder llenar debidamente su sagrada tarea.

Quiera la suerte, señores Maestros, que yo pueda en esta vez ponerme á la altura de la categoría oficial que sin mayores merecimientos me ha sido confiada y que mis ideas, hijas de sinceras y profundas convicciones, lleguen á vuestro espíritu desapasionado y sean consideradas como el fruto de la observación y de largas horas de estudio, acerca de vuestra misión y del papel que os corresponde desempeñar en la labor escolar, que aunque llena de abrojos, es la más sublime de cuantas se ejercen en el gobierno de la sociedad civil.

El insigne pedagogo Enrique Pestalozzi, divide la sociedad en cuatro grupos: los niños, los adultos jóvenes, los hombres ya formados y los ancianos, agregando que “cuando el niño ha sido bien dirigido, el joven será bueno, el hombre formado puro en sus costumbres y el anciano digno de respeto y de veneración.”

Sabeis porqué deducia el sabio suizo tales consecuencias de la acertada educación primera? Porque es fuera de duda que en la humana especie la costumbre hace ley, manifestándose siempre el hábito de un modo tan imperioso, que logra formar el carácter, vencer la reflexión y hacer que se le acepte como una necesidad de la vida, léjos de la cual el sufrimiento se apodera del alma.

Hay un adagio vulgar, y permitidme que os hable de esta especie de dichos que en mi concepto son el resultado de la experiencia y forman como los proverbios árabes la filosofía práctica de los pueblos de cuya razón se originan; hay un adagio vulgar, repito, que dice que “árbol que nace torcido con dificultad endereza su curso;” pues bien, es esto tan cierto, que basta apénas meditar un poco para convencerse de que tanto en lo material como en lo moral todo obedece, segun lo afirma Spencer, que es acaso el pensador más eminente del siglo, al primer principio que le ha servido de guía. “Así, toda semilla producirá flores

y frutos segun, la habilidad inteligente del cultivador, sin que nada pueda oponerse al fecundo crecimiento de las cosas ó de las ideas ó á su retrogradación, segun la ley á que se le sujete en su primer desarrollo artificial ó espontaneo.”

“ Quien infunde el amor tendrá que ser amado, quien siembra el odio tendrá que ser aborrecido,” dijo el sabio Platon, basado en que todo efecto tiene una causa racional de que se origina, y en que los efectos mantienen misteriosas relaciones de afinidad, que sólo se puede explicar la ciencia, con las causas que los producen.

Vosotros, señores Institutores, atendida la especial elevada misión que se os ha confiado, sois una causa cuyos efectos se representarán más ó menos temprano en los niños cuya custodia, vigilancia y dirección, se os ha encargado. Si enseñais la virtud, sereis aplaudidos por la virtud agradecida y enaltecidos por el patriotismo, si sembrais la negra semilla de la inmoralidad, sereis maldecidos por los mismos á quienes instruyais para el mal y reprobados por la justicia.

Yo no dudo que todos vuestros esfuerzos, todas vuestras ardientes manifestaciones, tengan otra tendencia que el bien, y en esta convicción quiero daros una voz de aliento á fin de poner mi óbolo en esa obra de sublime regeneración social que habeis comprendido en consonancia con el Gobierno, con esa fe sincera que engendra el amor á la verdad y la esperanza de mejores tiempos para la patria, realizados por las elevadas tendencias del pueblo ilustrado.

La escuela primaria, como os lo he dicho en otras ocasiones, es una inmensa preparación científica, moral, religiosa, filosófica y áun política. Esos niños, señores Preceptores, que os rodean diariamente, nobles algunos, hijos del pueblo desvalido los más, representan la conciencia del porvenir. De ahí saldrán por humilde que os parezca el grupo, y á la medida de

vuestra labor, los estadistas, los tribunos, los escritores, los guerreros, los industriales y los poetas destinados á defender la libertad, á sostener el derecho, á preconizar la República y á entonar himnos gloriosos para la Patria.

No vayais á creer que el fruto de vuestros desvelos apénas lucirá dentro de cierto limitado radio, ni que esos pequeños seres que mirais con cierta piedad descalzos y sucios por el lodo de los caminos, vejetarán siempre en la oscuridad natural de donde salieron, nó ; tened entendido que toda enseñanza tiene por teatro un horizonte ilimitado pues que la ciencia es cosmopolita y que la inteligencia, que es un don de Dios, nace, crece y se desarrolla, lo mismo en los hijos de la nobleza que en los humildes del pueblo.

Penetraos de esta observación, de absoluta certidumbre histórica, y trabajad esperanzados en que vuestros discípulos brillarán por la luz que les comuniquéis, aquí y más allá, dondequiera que el destino, ciego como el ángel de las fábulas orientales, los arroje, y haced esfuerzo igual sobre todos en el convencimiento de que muchos, tal vez de los más infelices, llevan en sí el gérmen de un gran poder intelectual que puede fecundar el árbol de la ciencia sirviendo á los grandes progresos sociales.

Pero es lo repito, para que podais dar una buena cosecha de caracteres necesitais de ciertas prendas morales sin las cuales el Institutor no alcanzará á llenar convenientemente su tarea, y con más razón en estos tiempos en que, como en la edad de oro de la antigua Grecia, el pensamiento humano en eterna radiación se eleva á todas las esferas de la sabiduría, viviendo en el seno de una maravillosa y fecunda creación, y en que se necesitan almas que sepan apreciar el mérito de las ideas en que se fundan los sublimes dogmas que sostienen la libertad en todas sus manifestaciones positivas, á fin de hacer de la virtud el sosten de la República que no puede vivir sino con la

justicia y que no reconoce, ni puede reconocer, otros privilegios que los que se fundan sobre el indelesnable pedestal de la virtud y de la inteligencia.

El Maestro, en primer lugar, debe ser bondadoso. Sabeis lo que es la *Bondad*? La bondad es, moralmente hablando, una virtud, una inclinación á hacer el bien y que nos conduce á la blandura, la suavidad y la docilidad del génio, del carácter y del trato. Este noble sentimiento del alma que nos dispone á querer y á tratar bien á los séres sensibles, resume todas las afecciones benévolas y se manifiesta vivamente por el deseo que siente de ser útil, absteniéndose siempre de toda acción que tienda á herir la susceptibilidad ajena.

La bondad conduce al amor al prógimo, que es la más alta manifestación de la teoría moral del cristianismo, y sin ella es enteramente imposible el trato cordial con las demas hombres, porque, ¿cómo concebir la comunicación personal y continua de unos individuos con otros, sociabilidad necesaria á la dicha privada y pública y á todas las manifestaciones del progreso, si cada cual en vez de tratar de hacer el bien á los demás, tan sólo piensa en perjudicarlos ú ofenderlos en sus afecciones más vivas?

La bondad en los sentimientos y en el carácter es uno de los distintivos de la virtud, y de este distintivo que atrae y que inspira confianza despertando en los demás el cariño, necesita de una manera imperiosa el Institutor primario, cuyo primer cuidado ha de consistir en cautivar la atención de sus educandos. “Dejad á los niños que vengan á mí,” decia Jesucristo, y cuando estaba en medio de ellos era tal su dulzura y tales los cuidados que tributaba á “aquéllas celestes criaturas” que lograba inspirarles sublimes trasportes y sincera personal adhesión. Vosotros á imitación del Maestro divino, habreis de conseguir por medio de la ternura que los niños os acompañen, os respeten y sigan vuestros consejos, inculcando en aque-

llas cándidas almas, prontas á recibir la semilla del bien, el noble sentimiento de la benevolencia que les enseñará la tolerancia, los acostumbrará á la humildad digna y respetuosa y les hará perdonar las faltas ajenas.

Y no vayais á creer que la bondad para con vuestros discípulos pueda perjudicaros, relajando la disciplina de la escuela por el abuso que los malos caracteres puedan hacer de vuestra benevolente conducta; porque si, á la verdad, hay en el espíritu de ciertos niños instintos turbulentos, no por esto deja de ser de incontestable evidencia filosófica que es condición indispensable de la naturaleza del hombre, un principio, más ó menos vivo, de racionalidad, que lo obliga á doblegarse ante el convencimiento que trae consigo la reflexión, ante el estímulo y en último caso ante el castigo aplicado sin cólera y con discernimiento.

La planta, señores Institutores, se desarrolla hasta llegar á su fin sin saberlo y sin comprenderlo, impelida por una fuerza ciega é irresistible. El animal toma cierta parte en la acción que lo lleva á su destino, al cual va sin sospecharlo ni conocer los medios que á él lo conducen. El hombre que ha nacido del barro como el animal pero á quien dió Dios la inteligencia que no fué concedida al bruto, conoce su fin y tiene en sus manos los medios para realizarlo. Capaz de comprender los altos destinos que le señala la Providencia, vive en perpetua meditación acerca de los misterios que envuelven su propia existencia y la vida de todos los seres que le rodean, hasta que llega á comprender de una manera inconcusa que su objetivo es la perfección á la cual va por medio del cumplimiento severo y desinteresado del *Deber*, que es la mayor satisfacción de su naturaleza sensible y pensadora. Enseñar al niño á tener conciencia de su deber para que pueda cumplirlo con espontaneidad, es un gran triunfo moral, triunfo en que la bondad del Preceptor primario

debe entrar como primer móvil, porque el hábito de la indagación en el escolar se consigue, según lo afirma Horacio Mann, "más por la ternura que obliga que por el temor que retrae."

El Maestro sobre ser bondadoso debe ser paciente, pues que si le falta *Paciencia* jamás logrará coronar su obra benefactora.

La tarea de la enseñanza primaria, es la más ardua de las faenas que un hombre puede acometer. Por lo general, la infancia es distraída, juguetona y perezosa para el estudio; "tierra virgen, en concepto de Mouton, en la cual el crecimiento de la virtud positiva, de la verdad y de la ciencia, apenas se percibe muy lentamente, al trascurso de los meses y de los años."

Considerad, señores Directores, cuanto esfuerzo se necesita para enseñar á un niño, aun siendo juicioso é inteligente, los signos de que se componen las palabras, el valor relativo de los sonidos, la acentuación genuina de las voces empleadas en la conversación, el silabeo y últimamente la lectura simple ó mecánica, y os convencereis de las dificultades que cuesta transmitir á la débil razón de aquel que no tiene criterio formado ni se empeña en tenerlo, siquiera sea una primera clave en cualquier ramo del saber humano.

Pues bien, el que no tenga paciencia para enseñar, no puede ser Institutor, porque sobre irriarse con la falta de comprensión de sus discípulos, comprensión que no podrá lograr que se adquiera sino mediante una larga y metodizada tarea en la cual trate de ejercer una influencia directa sobre el entendimiento del escolar, obligará á éste á aborrecer el estudio, porque el niño gusta poco de aplicar su facultad voluntaria á aquellas cosas que no entiende y que no se le hacen entender por medio de continuas y fáciles explicaciones, en las cuales el Profesor le demuestre interés, le manifieste cariño y le inspire confianza en su propia aptitud.

Ademas, siendo necesaria la paciencia para enseñar bien, el Preceptor á quien acompaña esta magnífica cualidad, adquiere la costumbre de ir transmitiendo poco á poco á sus discípulos todo aquello que es de su resorte enseñarles, obligándolos así á pensar y á amar su tarea, sin cuyo requisito son imposibles sus progresos intelectuales.

Las grandes obras realizadas por el espíritu humano han sido, más que de otra cosa, el fruto de la paciencia que es un elemento primordial del genio, pues que la impaciencia que trae consigo la desesperación, solo sirve para matar con su aliento de hielo los más altos propósitos. Así, el Institutor que tenga propensiones á la desesperacion, vayase á desesperar él sólo y no marchite con su impaciente proceder las juveniles aptitudes que alimentadas por la esperanza pueden llegar, más ó ménos tarde, á la cima de la virtud y de la ciencia.

Sobre la bondad y la paciencia, el Maestro necesita del sentimiento de la *Justicia*, que consiste en dar á cada cual lo que le pertenece, en tratar á cada uno segun su conducta.

El sentimiento de la justicia, conservador del mundo social, está tan arraigado en el hombre en todas las épocas de su vida, que apenas puede haber alguno que no conozca cuándo se falta á aquel sublime principio, base y fundamento de todas las leyes que consagran la sociabilidad.

El niño, por su parte, es tan sensible á la injusticia, sin conocer acaso el valor de los actos de ella, por insignificantes que sean, que lo irrita, desespera y aún lleva el desafecto á su corazon en contra de aquel que los ha ejecutado. De aquí la necesidad que tiene el Institutor de estar poseido de la virtud de que me ocupo, adquiriendo de ella una clara percepción á fin de poder apreciar debidamente las acciones de sus alumnos para castigarlos o premiarlos segun lo merezcan, inculcando por tal me-

dio á la niñez la noción exacta de la justicia que es tan importante para el carácter humano que sin ella es imposible el hombre de bien.

La justicia que funda la igualdad en las escuelas en cuanto se refiere á las tareas que les son propias, á los castigos y á los estímulos, enseña á los Maestros á no tener otras preferencias por sus discípulos que aquellas á que se hagan acreedores por su moral comportamiento, su aplicación y sus progresos intelectuales; siendo de advertir que toda distinción que se prodigue por razon del estado social, del nacimiento ó de la fortuna, es una injusticia flagrante que repugna al buen criterio y que acarrea al Maestro, con sobra de razon, cierta antipatía sorda de parte de sus discípulos desvalidos que se sienten humillados al ver que se prodigan á otros deferencias que sólo son debidas al mérito.

Así, si quereis que la juventud ame desde la infancia esa suprema ley de que os hablo, sosten de toda sociedad civilizada y cristiana, es forzoso que os mostreis imparciales en el cometido de vuestra augusta misión, correspondiendo á cada uno de vuestros discípulos, á quienes debéis amar como un padre ama á sus hijos, segun su conducta.

Os dejo anotadas las tres grandes condiciones morales de que necesitáis en primer término para llevar los deberes que os impone vuestro elevado magisterio: la *Bondad*, la *Paciencia* y la *Justicia*; y paso ahora á deciros lo que estas tres virtudes significan en la vida social, para que os penetreis de la necesidad en que estais de enseñar á los niños por el ejemplo y la palabra á ser bondadosos, pacientes y justos.

El hombre, señores, necesita de la sociedad, puesto que habiendo nacido en ella tiene que vivir en ella como en su indispensable elemento. Pretender demostrar que le seria mejor arrastrar su vida en el aislamiento como las fieras que pueblan los bosques seria tanto más imposible cuanto que las mismas leyes

que rigen su naturaleza se oponen á este fin, en el cual, concretada la existencia á las funciones puramente animales, el juicio y la inteligencia no tendrían razón de ser, una vez que ellas necesitan de la libre asociación para desarrollarse en toda su energía y que al hombre aislado le bastaría el mero instinto para satisfacer sus más apremiantes necesidades.

Ahora bién, siendo la asociación una condición indispensable de la especie humana, ella exige de cada uno de sus miembros, sin distinción de sexos y edades, el cumplimiento de ciertos deberes, sin los cuales es de todo punto imposible la existencia ordenada del cuerpo social: deberes basados en las leyes de la naturaleza y en la organización misma de la agrupación que constituye ese gran todo llamado sociedad, al cual, segun nos lo revela la historia, se deben todos los progresos morales, civiles, científicos é industriales que el hombre ha alcanzado y que prueban los altos destinos que le están reservados.

Cada individuo de la sociedad civil por el hecho de pertenecer á ella, una vez que ha nacido en su seno y que no le es dado renunciar las obligaciones que le impone su condición presente, está atado al deber por la triple noción de la ley objetiva, de la voluntad subjetiva y de la conciencia; de donde se derivan los deberes que tiene con relación al *sujeto*, con relación al *objeto* y con relación á ciertas creencias de un órden moral más elevado; creencias que constituyen, segun Kan, un estado de sublime perfección á que debe aspirar la criatura inteligente como su fin más elevado, no perdiendo de vista que en la escala de los bienes, la salud es un bien mayor que la riqueza, el honor un bien mayor que la vida y el testimonio de la conciencia un bien más alto que la aprobación de los hombres.

Dar á los niños, señores Maestros, una esacta noción del *Deber*, para que cuando lleguen á tomar

parte activa en la evolución social procedan con la energía que infunde la virtud, el patriotismo y la convicción moral, es un gran servicio hecho no solamente á la Patria, sino á la familia que necesita de caracteres honrados, benévolos, resignados y amantes del trabajo.

Licurgo, ménos presuntuoso que los sofistas de la época actual, puso una especial atención en formar las costumbres de los espartanos é hizo más leyes para educar gente virtuosa que para promulgar los principios de la política y la legislación. Este filósofo sabia que los hombres de bien van como por instinto al cumplimiento de sus deberes y que por su carácter incontrastable son la dignidad y el sosten de la República; única forma de Gobierno que consulta la justicia, pues que hace á todos los asociados iguales ante la ley, funda las verdaderas relaciones sociales entre los ciudadanos, abre campo á todas las inteligencias y satisface, por consiguiente, la aspiración al derecho y la aspiración al progreso.

La Esparta, señores Directores, fué el pueblo más grande de la antigüedad porque él, como lo asevera el sabio Foción, se propuso planes acertados de educación popular, que desenvueltos con minucioso cuidado y sostenido entusiasmo, produjeron en breve resultados favorables para la familia, para la sociedad y para la democracia, debido en gran parte á la enseñanza de las virtudes prácticas. Así, la historia habla de Lisinio que enseñaba la *Caridad* á los niños, de Aristias que daba lecciones de *Benevolencia* en las escuelas públicas y de Antinoco que dictaba conferencias sobre el *Patriotismo* y la *Justicia*!

Con semejantes enseñanzas, en breve los espartanos se levantaron á la más alta cima de cultura social y de moralidad pública y privada, porque educados los niños para el bien, ellos que, llegando á la mayor edad, tenían que dirigir el país en todas sus manifestaciones económicas, políticas, religiosas, científicas y

sociales, procedieron siempre con cordura, con energía, con desinterés y con honorabilidad.

Es necesario que enseñemos en las escuelas á amar el trabajo que alimenta, la ciencia que enaltece y la virtud que purifica, pues que delante de semejantes enseñanzas que conducen á la práctica de la benevolencia que es la más alta manifestación de la bondad y al hábito de la justicia, satisfacemos todas las aspiraciones del patriotismo: la aspiración al orden, la aspiración al derecho, la aspiración á la democracia efectiva y la aspiración al progreso.

Comprendo que para llegar á este ideal, tendreis que hacer poderosos esfuerzos, porque los grandes resultados en la vida social como en la vida particular, solo se obtienen por el esfuerzo y con el tiempo, y por esto es que os he aconsejado la paciencia en el ejercicio de vuestro magisterio, porque esta condición basta muchas veces para realizar fecundas y grandes empresas.

Concluyo felicitando al Estado por vuestro decidido interés en favor de la instrucción pública, y os declaro reunidos en Asamblea y abiertas las *Conferencias* sobre las tesis que motivan los debates que deben tener lugar.

He dicho.

CONSTANCIO FRANCO V.



UNIVERSIDAD
EAFIT®

Abierta al mundo
Sala de Patrimonio Documental